

Antol

36

El Marqués de Dilar

DE MELILLA

*L
9-57*

À ZELUAM



GRANADA

Tip. EL PUEBLO, Recogidas 17.

1909

122181660

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

NÚMERO: 090 (36)

De Melilla á Zeluam



122481660

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Numero:

090 (36)

De Melilla á Zeluum



DE MELLILLA

A ZELUAM

De Mellilla a Zeluan



P. 29081

El Marqués de Dilar

DE MELILLA

À ZELUAM



GRANADA

Tip. EL PUEBLO, Recogidas 17.

1909

8449

DE MELILLA

A ZELUAM

1847

AL LECTOR

Los sangrientos sucesos que se vienen desarrollando en las fronteras de la plaza de Melilla, entre los feroces bereberes del Rif y las valientes tropas españolas, han traído á mi recuerdo el viaje que el año anterior hice á Zeluam, atravesando las abruptas montañas hoy teatro de los combates en que tan alto saben poner nuestros soldados el honor patrio, escribiendo con sangre su personal valor y su heroísmo legendario.

Archivadas las notas por mí tomadas de aquel viaje, no con ánimo de escribir un libro, pues carezco de galas literarias para tal empresa, sino por mera curiosidad, por auxiliar la memoria, conservando con fidelidad las impresiones experimentadas en aquella incursión, no pensé que la rebeldía de los rifeños le prestaran actualidad y que amigos bondadosos me excitaran á darlas á la estampa.

De Melilla á Zeluam y de Zeluam á Melilla, por tierras vírgenes, por caseríos que parecen matorrales agostados, bajo un sol de fuego, comparable sólo al fanático odio que enciende la mirada de los kabileños á la vista de un cristiano, costumbres bárbaras de esa provincia del reino de Fez, rasgos, sucesos y observaciones, es cuanto abarca la presente, sencilla y breve narración.

Conocidos por mí hace tiempo, mucho tiempo, las plazas y campos fronterizos de nuestras posesiones del Norte de África, el objetivo de este viaje no fué puramente de recreo, no me llevó á Zeluam el deseo exclusivo de conocer al pretendiente al trono de Marruecos, recibir por parte de él atenciones y agasajos y hacerle yo á mi vez cuatro genuflexiones y entregarle un obsequio; me proponía fuese esta visita un pri-

mer jalón para sacar algún partido en beneficio de España, no solo coadyuvando á fomentar las simpatías que este príncipe moruno siente, ó sentía entonces por nuestra patria, sino haciendo llegar á las altas esferas gubernamentales las palpitaciones de la opinión en Melilla, lo que hemos debido de hacer y lo que aún es tiempo de que realicemos, respondiendo á la misión civilizadora y de expansión que nos hemos impuesto.

Y como diciendo la verdad es como mejor se sirven los más grandes intereses y más tranquila queda toda conciencia, en las páginas de la presente publicación sólo encontrará el lector el reflejo fiel de aquella, sin las mixtificaciones de la fantasía.

I.

Hace tres años deseaba internarme en las ásperas montañas del Rif, cruzar sus poblados y aduares, conocer sus cultivos, ver lo posible de sus moradas, observar sus costumbres y, sobre todo, hablar y conocer al hermano mayor del destronado rey Abd-el-Azis, al moro Muley Mohamed, á quien sus enemigos niegan ese parentesco y le llaman despectivamente Bu-Hamara (padre de la burra), y Gildi, Sorjani ó Roghi, por suponerle descendiente de familia de chalanés, encantadores de serpientes, toda gente de la más baja estofa.

Cuando en 1902 se dió á conocer en el interior del imperio de Marruecos como tal hermano de Abd-el-Azis, me encontraba en África y hasta mi llegaron las noticias de sus primeros actos de valor é inteligencia, silueta moral que despertó mis simpatías hacia este príncipe moruno, hasta el punto de procurar y conseguir tener frecuentes informes de él á mi regreso á España.

De tal modo y con tal relieve se destacó la figura de Muley Mohamed desde los primeros momentos, que al poco tiem-

po ya era respetado su nombre y muchos ulemas decían que era *à alem berza* (muy sabio).

Bien pronto corrió de boca en boca y de zoco en zoco la historia de este nuevo personaje, cuyas pretensiones venían á acrecentar las turbulencias del vecino imperio. Se supo que había recibido una educación esmerada, que conocía perfectamente la filosofía koránica y que era un hombre de excepcionales dotes de Gobierno, como posteriormente lo ha probado, permaneciendo en la región oriental del imperio sin ayuda de nadie hasta 1907, en que *alguien* comenzó á prestarle apoyo, y haciendo de una comarca levantisca y feroz, que nunca reconoció poder alguno, un país relativamente tranquilo y sumiso, dado el carácter de los rifeños, en los que el valor temerario, la codicia y la traición constituyen su idiosincracia.

Muley Mohamed, pues no quiero llamarle Roghi, tiene un carácter paradójico: es afable y feroz. Sus castigos son crueles, cuando en su sentir los cree necesarios, siendo la pena de azotes la que hace aplicar por faltas leves.

Poco antes de visitarle yo, en Julio de 1908, me refirieron el castigo que impuso á un panadero de Zeluam.

Había éste cometido en distintas ocasiones varias faltas, por las cuales Mohamed le habia reprendido y amonestado, afeando su predisposición á la reincidencia; pero el panadero, lejos de enmendarse, cometió un nuevo y más grave exceso, teniendo además el atrevimiento de insolentarse con aquél cuando le volvió á repetir la consabida catilinaria.

Indignado el *Nuevo Rey*, pues de este modo le llamaban últimamente en el Rif, dispuso que el chapucero industrial fuera convenientemente atado á dos palos en forma de lo que nosotros llamamos las aspas de San Andrés, colocó un cañón á pocos pasos de distancia del altivo moro, ordenó hacer fuego, y el cuerpo del desgraciado voló hecho pedazos.

Estos actos de energía, su temerario valor en la pelea, su especial tacto para la administración y la superioridad inte-

lectual á cuantos le rodean, han hecho de Muley Mohamed un dios adorable de su ejército, que el año último se componia de unos tres mil quinientos hombres, en su mayoría jinetes procedentes de las kabilas del campo de Fez, (Riotas especialmente), y como reserva cuenta además con numerosas fuerzas de los poblados y aduares que le son adictos, de los cuales solo dispone cuando se ve obligado á hacer una expedición ú operación importante.

II.

El vivo deseo de conocer á Muley Mohamed se hacía más intenso en mí á medida que transcurría el tiempo y mayores eran las dificultades que se oponían al logro de mis propósitos.

Ya que en 1907 no pude ir á saludar á este personaje moruno, por no encontrar quien me acompañara en la incursión al interior del Rif, al año siguiente me decidí á ir solo, y el día 23 de Agosto á las seis de la tarde me embarqué en el puerto de Málaga en el vapor *Mahón*, buque de poca importancia que partía para Melilla, á donde llegué el día siguiente, después de hacer una buena travesía.

Conociendo cuánto se precian los musulmanes de la costumbre de hacerse regalos, lo primero de que me proveí fué de un presente para ofrecerlo al *Rey Nuevo*. Tan exagerados son en este punto los bereberes, que los Kaides, Califas y moros de alguna representación en el Imperio, se creen satisfechos y honrados, ofreciendo sus más bellas hijas como presente á los Sultanes, para que en el harem regio formen en el montón anónimo de las concubinas.

Tan pronto como desembarqué en Melilla me dediqué á

buscar intérpretes, á procurarme medios de locomoción cómoda, trajes morunos, puesto que todos debíamos vestir á la usanza del país, algunas armas para mis acompañantes y provisiones de boca.

Tuve la fortuna de encontrar un excelente compañero de viaje, mi amigo el abogado y propietario D. Manuel Ferrer Machuca, y con él, dos intérpretes, por si uno se inutilizaba ó nos hacía traición, un cochero y un postillón, salimos el 26 de Agosto en un carruaje, que lo mismo podía calificarse de *vis á vis* que de carreta cubierta, arrastrado por cuatro mulas tan poco acostumbradas á aquella clase de enganche, que en el momento de partir cada una comenzó á brincar por distinto lado, exponiéndonos á un grave accidente.

Vencida esta primera dificultad, caminamos como unos tres kilómetros por senderos medio accesibles para esta clase de vehículos, y al llegar á la aduana que tenia establecida más allá de las fronteras de nuestra plaza Muley Mohamed, fuimos detenidos por un moro viejo, pequeño y de mirada hipócrita, auxiliado por otros que imponían respeto por su elevada estatura, por su ademán agresivo y por las armas que lucían.

El moro viejo era el administrador de la aduana, y los que le acompañaban, los encargados de acallar la protesta si ésta asomaba á los labios de los contribuyentes. A pesar de que sabía cual era mi objeto al pasar por allí, pues la noche antes había enviado á un moro con una carta para Muley Mohamed anunciándole mi visita y pidiéndole el correspondiente permiso para verificarla, no atendió á razones y nos detuvo durante dos horas, que nos parecieron interminables, si bien nos permitieron observar la forma breve y sencilla que emplean para la recaudación del impuesto de consumos. Sin pesar, ni medir, ni dar papeleta del recaudo, el encargado de cobrar tomaba lo que quiera que le daban é inmediatamente, habiéndose detenido solo un momento, proseguía su marcha el moro ó la móra con su mercancía.

Convencido el administrador de la aduana de que yo no daba dinero, porque ignoraba lo que se proponía aquel *ciudadano* hasta mucho después en que me lo hicieron notar, nos autorizó para proseguir la marcha como un señalado favor que nos hacía, y del cual nos hubiéramos librado de muy buen grado, si á tiempo sé que lo que pretendía el viejo moro era una gratificación.

Partimos, pues, y fui contemplando con pena la laguna de Mar Chica, (Bu-Erg) como la llaman los kabileños, y cuya extensión es de 20 kilómetros de largo por diez de ancho en la parte que mira á Zeluam, pues por la de Melilla es mucho más estrecha. En pasados años se comunicaba con el mar, pero en la actualidad no, por haberse cerrado á causa del flujo y reflujo del Mediterráneo. Hoy que está en nuestro poder debiera dragarse la entrada á Mar Chica y hacer de aquella hermosa laguna un puerto seguro para nuestros barcos y una posesión de gran valía para España, bajo el punto de vista militar y de utilidad pública, puesto que es navegable aún para los buques de gran calado.

A mi paso por allí solo vi en la laguna dos lanchas, separadas á gran distancia una de otra, que supuse estarían tripuladas, dado el lugar que ocupaban, una por moros del Atalayón y la otra por empleados en los trabajos del ferrocarril frente á Nador, y ambas dedicadas á la pesca.

En el trayecto que media entre Melilla y Nador existen varios poblados que sólo se distinguen por los cercados más ó menos importantes que rodean las casas, la mayor parte de un cuerpo de alzada y todas ellas edificadas con argamasa y piedras rojizas, de cuyo mismo color es el suelo en que están enclavadas.

La inveterada costumbre del musulmán de sustraer su hogar á toda mirada extraña, ó la propensión á la traición y á la emboscada, ó ambas cosas á la vez, despierta en ellos un vivo y constante interés por mantener siempre tupidos con cañas, zarzas y espinos los cercados de sus casas, junto á las

cuales tienen plantados copudas higueras, frutales, legumbres, y, sobre todo, altas y espesas chumberas.

En la misma dirección en que nosotros caminábamos se están construyendo las dos líneas férreas que han de servir para la explotación de los ricos yacimientos mineros que en las estribaciones del Gurugú poseen franceses y españoles. Ambas líneas van paralelas, la francesa, hacia el lado de Mar Chica, y la española hacia el interior, y separadas en muchos puntos por solo unos cien metros de distancia.

A mi paso por allí estaban muy adelantados los trabajos, en los cuales tenían ocupación numerosos obreros, europeos y moros, más de éstos que de aquéllos, por cierto que el marroquí trabaja sin prisa y como distraído.

La estación de Nador, correspondiente á la línea férrea española, se hallaba casi terminada, pudiéndose apreciar su arquitectura de elegantes y bellas líneas.

Como en el campo moro hay muchos cementerios marroquíes, consistentes en piedras clavadas de punta en el suelo, que al parecer nada significan, ha habido necesidad de vencer grandes dificultades para la instalación de esta caseta, enclavada en uno de esos lugares sagrados para la morisma. Gracias al tacto y excelentes disposiciones del General Marina y del ilustrado ingeniero director de las obras, Sr. Becerra, á las dádivas y halagos, y á la ayuda efficacísima de Muley Mohamed, se han podido allanar los obstáculos, casi invencibles, que la resistencia de los rifeños oponían y que ya estamos viendo cómo responden á la profanación de sus cementerios, al paso por sus lugares, á la penetración pacífica en su territorio, llevando por armas el progreso y las actividades de la industria, para transformar improductivas montañas en veneros de riqueza y en fuentes comerciales de primer orden.

A poca distancia de Nador y ya en las espaciosas, mejor dicho, inmensas llanuras que pertenecen á la numerosa y valiente kabila de los Beni-buí-frur, hoy nuestros más encarni-



zados enemigos y una de las que llevan el mayor peso de los combates contra nuestras tropas, vimos, jinete sobre soberbio caballo moruno, un moro que hacia nosotros se dirigía haciéndonos señas para que nos detuviéramos.

Así lo hicimos, y antes de llegar junto á nosotros el jinete que con tanta autoridad y decisión nos imponía detener la marcha, le conoció uno de los intérpretes, el cual nos reveló que era el joven y valiente Ismail, conocido por el Chaldhy, cuyo nombre se ha hecho famoso en España con motivo de los sucesos que se vienen desarrollando en Melilla. Su padre y sus hermanos murieron en la guerra y como él aparentaron ser grandes amigos de España para después combatirnos.

Cuando Ismail, que es de escasa estatura y nada simpático, se enteró del objeto de nuestro viaje, y después de contemplar por algún tiempo y con viva curiosidad el enganche del carruaje, con postillón y cochero, y después de examinarnos de pies á cabeza con la mirada, sin duda para convencerse de que los seis éramos moros de pega, nos invitó á tomarle á un lugar distante de allí unos 200 metros, donde estaba realizando trabajos de alumbramiento de aguas y cuyos operarios dejaron la faena apenas nos divisaron para contemplar nuestro extraño tren en aquellos campos.

Como mi deseo era cruzar lo más pronto posible los terrenos de los Beni-bui-frur y llegar á los de Muley Mohamed, me excusé de aceptar la invitación del Chaldhy y continuamos nuestro interrumpido camino.

Sin incidentes dignos de mención, bajo un sol ardiente que nos licuaba en aquella monótona llanura que parecía interminable, fuimos marchando largo tiempo, temiendo un encuentro desagradable y á la par descansando que cualquier suceso viniera á romper la enervación del espíritu, producida por el sofocante calor que nos ahogaba y por el uniforme y fatigoso paisaje que por todas partes se ofrecía á nuestra mirada.

Como en las largas travesías del Océano, en que cualquier

ave que cruza, barco que se divisa, incidente que ocurre, llama y distrae la atención de los pasajeros, así fué para nosotros descubrir á lo lejos un moro que á caballo se dirigia en nuestra dirección á todo correr.

Era el encargado de traernos el permiso verbal de Muley Mohamed para entrar en Zeluam. Mi sorpresa fué grande y grata cuando conocí que el mensajero era el moro Ben-Sari, uno de los cuatro Kaides del pretendiente que estuvieron en Granada durante la feria del Corpus de 1908 y que me fueron presentados por mi distinguido amigo el ilustrado general Sr. Arizón. En la misión que traían de adquirir unos toros mansos y un caballo semental pío, les acompañé y atendí gustoso en cuanto de mí dependió para el mejor éxito de su empresa.

Ben-Sari es natural de Tlemcen, hombre ilustrado, fornido, valiente, herido en varias acciones de guerra y muy estimado de Muley Mohamed, el cual le tiene confiado el cargo de lo que pudiéramos llamar Ministerio de Hacienda.

Cambió su caballo por el asiento que ocupaba en el coche uno de los intérpretes, y reanudamos la marcha, demostrando gran contento y extraordinaria alegría al verme en su país y dándome las mayores seguridades de que Muley Mohamed, que ya me esperaba, nos recibiría agradablemente.

Dióme detalles, consejos é instrucciones, muy útiles para mí, que hacía una visita á un *Sultán* enemigo de mi raza, en tierra extraña y en plena guerra, respondiéndome afablemente á cuantas consultas le hice y noticias le pedi.

III.

Seguimos algunos kilómetros distraídos con la conversación de Ben-Sari y con la presencia de algún que otro moro, y al fin, á las once de la mañana divisamos á lo lejos la Alcazaba de Zeluam.

La perspectiva que se ofrecía á nuestra vista era por demás extraña y confusa, pues aparte de la silueta de la Alcazaba, cuyas líneas y color también se confundían con el suelo de tintes pardo-rojizos, lo demás, cuanto en su derredor había, era verdaderamente indescifrable.

Ben-Sari nos explicó cuanto nosotros no podíamos descubrir con la mirada. Allí no existía más edificio que la Alcazaba y todo lo demás eran tiendas de campaña, donde á veces habitaban seis ó siete mil personas, entre las tropas de Muley Mohamed, sus familias y algunos renegados y presidiarios escapados de Melilla, dos de los cuales me visitaron para pedirme que les socorriera.

Ya más cerca y por la parte de levante vimos un edificio blanquísimo, el santuario de Zeluam, llamado Sidi-Ali-el-Hasam, muy frecuentado por Muley Mohamed, que allí pasa algunas horas entregado á meditaciones religiosas.

Ben-Sari, en su afán de animar la conversación y hacer menos sensible la pesadez de la marcha, me refirió multitud de episodios, entre los cuales recuerdo el siguiente:

—Ayer—dijo Ben-Sari—recibió Muley Mohamed un buen botín de guerra. Como la región occidental del Rif está alejada de Zeluam, las kabilas de Taferit, Tensaman, Beni-Juzin y otras muchas se niegan á pagar tributos al pretendiente, por lo cual nuestro *Sultán* organizó una meha-la de combate compuesta de mil quinientos ginetes, quinientos infantes y la artillería que creyó necesaria, y la envió á ejercer actos de soberanía y á cobrar á viva fuerza los tributos que voluntariamente se habían negado á satisfacer.

Al frente de estas fuerzas va Jilaly, un moro negro que fué esclavo y el *Sultán* le hizo libre, persona de toda la confianza de Muley Mohamed, valiente y de rara disposición para la guerra, duro é implacable en los castigos, de elevada estatura y de complexión robusta, Jilaly, repito, es un hombre temible por su ferocidad y audacia y capaz, como acaba de demostrarlo, de hacer sentir el empuje de nuestras armas á las kabilas que no acatan las disposiciones de nuestro Rey.

Ahora ha traído centenares de acémilas cargadas de cebada, metálico y algunas mujeres. Cuenta que en uno de los poblados que ha recorrido el domingo último, se celebraba con gran aparato una boda, y en el momento en que los convidados y familias de los contrayentes llevaban á la novia al hogar de su prometido, se presentó Jilaly con varios soldados, y después de una tenaz resistencia por parte de los hombres que formaban la comitiva, se apoderó de la novia y de veinte muchachas solteras que le acompañaban, las cuales, como es de presumir, no volverán ya á sus hogares.

Jilaly, después de haber hecho entrega á nuestro *Sultán* de tan rico botín, ha emprendido de nuevo la marcha para continuar su campaña contra las kabilas de Beni-Uriaguel, Bocoya y otras.

La lucha será más dura porque son kábilas fuertes y es-

tán bien armadas; pero el éxito de Jilaly lo tenemos por indudable.

Al terminar de referirnos la precedente historia, los ojos de Ben-Sari expresaron el gran placer que su espíritu sentía por los éxitos conseguidos y por los futuros que iba alcanzar Jilaly, para mayor prestigio de Muley Mohamed.

IV.

A las once de la mañana, abrumados por aquel sol que arranca á la tierra hirviente vapor, atenuados sus efectos solamente por la conversaci3n amena de Ben-Sari, llegamos á Zeluam, ofreciéndose á nuestra vista un campamento militar extensísimo, imponente, extraño y laberíntico, formado por multitud de tiendas de campaña, elegantes, y ricas, y amplias, y de cruda blancura, unas; reducidas, pobres y sucias, otras.

Como si fuera consigna ó símbolo de la miseria, las tiendas emugrecidas estaban cercadas de espinos; las opulentas se destacaban en la llanura sin obstáculos á su paso.

Ben-Sari nos indic3 el sitio en que debíamos hacer alto, como así lo verificamos, y seguidamente parti3 á la Alcazaba para dar aviso de nuestra llegada á Muley Mohamed.

Entre tanto, pudimos observar la extrañeza que producía nuestra presencia en aquellos lugares, mirándonos con verdadera curiosidad y á hurtadillas los moros y moras que cruzaban de un lado á otro, conduciendo caballerías cargadas de verdura y botijos de agua, mientras conejos y gallinas de todas clases pululaban por allí, con calma bovina, familiarizados con aquel agetreo y sin experimentar el menor sobresal-

to por los ladridos de los perros que hostilizaban nuestra llegada.

La pudorosa ocultación que de su rostro hacen las moras casadas, no reza con las viejas y solteras jóvenes, pues unas y otras iban y venían sin ocultarse la cara, ni los brazos, ni parte de las piernas, pues algunas vestían solamente una camisa corta; otras, enaguas y un ligero corpiño, y muchas vestido entero, pero sin mangas, descalzas la mayoría y bastantes cubierta la cabeza por un sombrero de palma, igual al que usan nuestros segadores.

Al poco tiempo regresó Ben-Sari y vimos que á corta distancia de la Alcazaba instalaban una buena tienda de campaña que nos ofrecía Muley Mohamed, la cual quedó instalada y alfombrada en breves momentos.

Seguidamente llegaron dos moros y dejaron en el suelo y al pie del madero ó árbol central de la tienda, tres paquetes de velas de fina y transparente esperma, tres pilones grandes de azúcar y tres paquetes de the y utensilios para hacerlo.

Ben-Sari me participó que el Sultán nos recibiría al terminar su almuerzo y que el nuestro se estaba condimentando.

Marchamos á la tienda que se nos había preparado, y acto seguido apareció un moro negro, de gran estatura, montado en un ligero caballo del mismo color que el jinete, manifestándome sonriente y afable que de parte del *Sultán* traía cebada y paja para las mulas, cosas ambas que conducían dos moros y dejaron al lado de la tienda, y que agradecí muchísimo porque los animales que nos habían trasladado á Zeluum nos tenían que llevar aquella misma noche á Melilla y se encontraban rendidos y extenuados.

A preguntas mías me dijo Ben-Sari que este moro negro había sido esclavo y que lo redimió Muley Mohamed; que se llamaba Salem; que era Kaid de Albinalla y que administraba los cereales y construcciones y dirigía los castigos que imponía su amo, á quien profesaba gran cariño y veneración.

La necesidad fisiológica de comer se impuso á las de-

más cosas que atraían nuestra atención y que constituían parte de aquel gran todo, de aquel pintoresco cuadro, cuyo ambiente y vida era completamente nuevo y de su gestión avasalladora.

Suponiendo que en la preparación de nuestro almuerzo por los marroquíes había de invertirse más tiempo que el que nuestro apetito exigía, consulté á Ben-Sari si podíamos comer de nuestras provisiones, contestándonos que éramos dueños de hacer nuestra voluntad y despidiéndose nuevamente de nosotros.

Apenas habíamos acabado de hacer uso de tan grata autorización, se presentó á la puerta de nuestro tienda un moro, seguido á corta distancia de otros dos y de Ben-Sari, anunciándonos que el *Rey Nuevo* me esperaba.

Acompañado de estos cuatro marroquíes y seguido de mi pequeño séquito, marchamos hacia el lugar en que había de verificarse la recepción.

Numerosos grupos de moros, bien vestidos y casi todos con fusiles, se hallaban situados entre nuestra tienda de campaña y la puerta de la Alcazaba, donde nos esperaba Muley Mohamed. Yo creía que el *Sultán* nos recibiría en su tienda ó en su casa-palacio: pero no fué así.

En el hueco que forma el primer torreón junto á la puerta de la Alcazaba, y, por consiguiente, fuera de ella, habia instalado una especie de pequeño cobertizo, con dosel, bajo el cual aparecía Muley Mohamed sentado en un sillón, de terciopelo colocado sobre una tarima de un pie de altura y cubierta por una alfombra.

Poco antes de llegar á aquel trono rudimentario, contuve el paso para contemplar tantas y tan extrañas cosas, tipos é indumentarias como me rodeaban.

La figura de Muley Mohamed se destacaba airosamente de aquel cuadro. Vestía limpieísimo jaique blanco con chilaba verde, que sólo pueden usar los moros de estirpe regia, y lucía muy altas botas de fino tafilete, color carmesí, bordadas de oro, plata y sedas de distintos colores.

Ostentaba en la mano derecha un grueso bastón de caña de India con puño en forma de cayado, de plata repujada, y en la izquierda un pañuelo blanco, que ocultaba un pequeño revólver, según supe después.

Es Muley Mohamed hombre de unos 44 años, de compleción fuerte, de alta estatura, de fisonomía afable y simpática, ancha frente, ojos expresivos y bigote y barba negros, sin los recortes y afeitados que acostumbran á hacerse muchos, la generalidad, mejor dicho, de los moros, y que consiste en rasurarse la parte superior é inferior del bigote, dejándose una tercera parte en el centro en línea estrecha y recortada.

En el suelo y á la derecha de Mohamed, había una caja de madera pintada de azul, como de medio metro de larga por la mitad de ancha, conteniendo al descubierto tres magníficos rewólvers.

A la izquierda del *Sultán* y junto al puntal que sostenía el tinglado, estaba de pie el moro Mohamed-Mul-Mensuar, ministro de justicia, teniendo en la mano derecha un alto bastón con porra de plata, parecida á la que llevaban nuestros antiguos tambores mayores de los regimientos, y en la izquierda otro pañuelo blanco ocultando otro pequeño rewólver, como su señor.

Vestia jaique blanco con chilaba azul y ceñía á la cintura un sable, no muy corvo, ó gumía muy larga. Es alto, casi gigantesco, de unos 46 años de edad, barba negra corrida á la europea, en la que se destacaban algunas canas.

A la derecha del *Sultán*, en la misma esquina del torreón donde se apoyaba uno de los extremos del cobertizo, se hallaba, armado de sable y fusil Maüsser, un morazo que imponía respeto con su presencia, esclavo de la absoluta confianza de Muley Mohamed y encargado de servir á éste la comida.

A lo largo de los muros de la Alcazaba y á derecha é izquierda del *Trono*, se extendían sentados en el suelo unos

doscientos moros con fusiles Chassepot y Maüsser; eran los jefes y oficiales de las tropas del pretendiente.

Como grotesca pincelada de este cuadro, bullía por entre los grupos que estaban de pie, un moro de mediana estatura y barba blanca, que sin cesar se retorcia en movimientos y contorsiones, tomando forzadas posturas, y, cumpliendo, en fin, con su misión de bufón cerca del *Sultán*. Llevaba sobre la cabeza un turbante enorme, un canasto, pudiéramos decir, y arrastraba un largo sable de tirantes, como los que usaba la antigua caballería francesa.

A todos dirigía exagerados signos de inteligencia, y payasadas, debiendo hacer notar que á nosotros no nos hizo blanco de sus desafortunadas extravagancias, antes por el contrario, cuando nos miraba adquirían sus músculos su aspecto normal y sereno.

Al llegar á un paso de distancia de la tarima sobre la que tenía su sitial Muley Mohamed, como queda dicho, me detuve al frente de los que me acompañaban y que formaron en torno mío un semicírculo, hice triple saludo moruno, y le dije en síntesis lo que sigue, que traducía al mismo tiempo uno de los intérpretes:

Que noticioso de su esclarecida estirpe, de su valor y de su inteligencia, hacía tiempo que anhelaba conocerlo y saludarlo personalmente, siendo para mí gratísimo aquel momento en que lograba la satisfacción de este mi deseo, porque había sido el hombre á quien pertenece la gloria de haber hecho más por la paz y tranquilidad de dichas comarcas, cuyo bienestar y progreso fomenta como nadie.

Al decirle que era el hombre que más había hecho por aquellas comarcas, noté que Muley Mohamed se conmovió gratamente, y no pudiendo contener la satisfacción que aquellas palabras le producían, me interrumpió diciendo al intérprete:

— *Di que sea bien venido.*

Cuando terminé mi salutación, Muley Mohamed me hizo



varias preguntas, entre ellas la de que cómo era que habiendo hecho el viaje de Granada á Málaga en automóvil,—detalle que me extrañó supiera—no lo había traído á Melilla para ir con él á Zeluam.

Le expliqué la causa y Muley Mohamed expresó los vivos deseos que tenía de conocer esta clase de vehículos.

Seguidamente se desembaló á su presencia el obsequio que le llevaba, consistente en un juego grande de plata y cristal para the, con bandeja, que le ofrecí y él aceptó con agrado.

Por momentos noté que Muley Mohamed se mostraba conmigo cada vez más afable, cariñoso y comunicativo.

Me hizo explicarle la forma y detalles de mi viaje desde Granada á Zeluam, y en correspondencia, sin duda, á mi relato, me comunicó sus proyectos de hacer un jardín á la española, dentro de la Alcazaba, expresándose con especial complacencia cuando hablaba de flores y plantas, en cuya contemplación ha de sentir Muley Mohamed, como en el harrem los sentidos, lúbricas sensaciones en su espíritu.

Después me invitó á visitar la Alcazaba y las caballerizas, y aceptado el ofrecimiento me alejé del *Trono*, seguido de Ben-Sari y otro de los moros que le acompañaron en su viaje á Granada y seis jefes de los que por allí estaban de pie formando grupos.

La Alcazaba de Zeluam está situada en la margen izquierda del río del mismo nombre y fué fundada en el siglo XVIII por el Sultán Muley Ismail para que sirviera de punto de concentración de tropas y lugar de estapa de los soldados que con frecuencia enviaba á sitiar á Melilla, ó á castigar kabilas rebeldes y hostiles á sus mandatos y refractarios á abonar los impuestos que les señalaba.

Mira hacia el Oriente, tiene su entrada con arco de herradura y sin puerta de madera que la cierre, la Alcazaba de Zeluam, recinto rectangular de 110 metros de largo por 80 de ancho, flanqueado por torres cuadradas y homogéneas, colo-

cadras de diez en diez metros y sobresaliendo cinco de la muralla que la circunda, las cuales se conservan en buen estado, y si lográsemos posesionarnos de ella, fácilmente podríamos artillarlas y convertirlas en excelente centro de nuestras próximas operaciones en el Rif.

En el mismo zaguán, á la izquierda, existe un cuarto donde Muley Mohamed tenia una cría de chacaes que se recrea en verlos saltar y correr en torno suyo, y un carnero muy grande, llevado de Córdoba.

A continuación y en larga fila y en pesebres unas veinte vacas zuizas, lecheras, muy hermosas y bien mantenidas, otras pocas españolas de cría, los toros que compraron en Granada el Corpus de 1908, y multitud de conejos, gallinas y preciosos pájaros americanos, todo ello revuelto en fraternal y pintoresca sociabilidad.

De esta pieza pasamos al gran recinto, donde vi á la derecha unos seiscientos caballos, atados á la usanza mora, sin un solo pesebre y comiendo en el suelo. Cuando el ejército del *Nuevo Rey* no está de correrías, allí se albergan los dos mil caballos con que cuenta, pues para ellos y para más tiene cabida aquel extremo de la fortaleza.

Un pequeño arroyo, de cristalinas aguas, cruza como faja de plata aquella parte de la Alcazaba, sirviendo de abrevadero al ganado y de lugar de limpieza y baño de los caballos, operaciones que presencié y que realizaban varios moros provistos de cubos de zinc.

Dando frente á estos cuadros, ó sea al lado izquierdo de la Alcazaba, se encuentra situada la casa del *Sultán*, edificio de un cuerpo de alzada de 25 á 30 metros de frente y cuya restauración estaba para terminarse por obreros españoles.

Junto á la casa tenia situada Muley Mohamed su tienda de campaña, opulenta y espaciosa, distinguiéndose de las demás en que estaba coronada por una gran bola dorada y sobre ésta una especie de lanza cuadrilonga y puntiaguda, como de unos 80 centímetros de alta. Inmediata á esta tienda

está la de las odaliscas, que es también rica y grande y con bola dorada en la cúpula, pero sin el remate que ostentaba la del *Sultán*.

Dentro del recinto vi instaladas otras varias tiendas, más pequeñas que las del pretendiente y la de sus concubinas, todas las cuales están cercadas por muros de mampostería.

Comprendiendo lo peligroso que era aquel sitio, pues cualquier menudo suceso, ó cualquier incidente inesperado que tuviera la más leve relación con el harem, necesariamente había de tener graves consecuencias, me detuve poco en aquellos alrededores, manifestando á Ben-Sari el deseo de regresar.

Así lo hicimos, y al salir de la Alcazaba, vi que Muley Mohamed seguía sentado en su sillón, y que frente á él se hallaba un moro arrodillado en el suelo junto al filo de la tarima.

Tan pronto como los servidores del *Sultán* se apercibieron de mi presencia, cogieron al arrodillado infiel y se lo llevaron rápidamente de mi vista. Sin duda Muley Mohamed se encontraba administrando *justicia* y tendría advertido á sus secuaces lo que tenían que hacer á mi regreso, cuando tan prontamente desapareció de la escena el reo.

Nuevamente conversé con el *Sultán*, elogiándole las obras de su casa,—de las cuales él era el director,—pero en verdad y excepto las columnas y el pavimento de rico mármol blanco del gran cenador que abarca la mayor parte de la fachada, lo demás era *árabe del desierto*, de gusto escaso y de colores rabiosos.

Muley Mohamed me volvió á dar la bien venida, diciéndome además que yo pasaría allí la noche, cosa inesperada para mí y que contrariaba mis propósitos de regresar en aquel momento á Melilla.

Pero al fin me resigné, retirándome acto seguido á mi tienda y dejando al *Sultán* en su tarea *justiciera*.

Apenas heube llegado á mi alojamiento nos sirvieron el al-

muerzo, consistente en alcuzcuz, carne asada, gallinas, postres y the, que no probamos ni mi compañero de viaje ni yo, pero que fué consumido prontamente por uno de los intérpretes, el cochero, el postillón y los moros que habían llevado las viandas.

Noticioso de mi llegada á Zeluam uno de los moros á quienes acompañé por Granada el Corpus referido, vino á visitarme, y entre las cosas sobre las que recayó nuestra conversación, hablamos de caballos, celebrándome el suyo, como uno de los ejemplares más hermosos de aquella región.

No sé si por un sentimiento de vanidad, ó por el deseo de complacerme, haciéndole saltar á mi presencia, fué por el caballo, y en efecto era un bello animal tordo azul, de cinco dedos de alzada sobre la marca, obediente al jinete, que lo manejaba admirablemente y le hacía evolucionar de modo rápido y con gallardía.

En su deseo de hacerme lo más grato posible mi estancia allí, Ben-Sari me llevó á recorrer parte del campamento, y entre las cosas que más me llamaron la atención fué que cuando cualquier moro ó mora pasaba por delante de la Alcazaba, aunque fuese á distancia de cien metros, bajaba la cabeza, encorbaba el cuerpo y sin mirar más que al suelo, emprendía vertiginosa carrera, como si frente á aquella fortaleza les amenazara un espantoso peligro, ó como si de no alejarse lo más pronto posible les alcanzaba un terrible y cierto maleficio.

Al ponerse el sol se dirigieron á la puerta de la fortaleza cinco moros, tres con cornetas y dos con tambores de tres cuartas de alto cada uno, y se pusieron á tocar una sonata para mí desconocida.

Acto seguido oí por distintos lados voces de moros que rezaban en alta voz, entre los cuales había uno cerca de nuestra tienda que yo no veía y que estuve oyendo desde las siete hasta las diez de la noche, sin cesar un momento, á grito herido y con el mismo diapasón y pesada monotonía con que había comenzado su fervorosa plegaria.

Después del toque de retreta se presentaron en nuestro alojamiento dos moros servidores del *Sultán*, seguidos de cuatro chicos de la misma raza y como de doce años de edad, conduciendo en la cabeza cada uno de ellos una gran bandeja de madera, en forma de cedazo, que contenían la comida.

A la luz de aquellas velas, de fabricación esmeradísima, vimos el menú que se nos ofrecía en amplias fuentes, compuesto de arroz con mucha carne, garbanzos cocidos con bastante carne, gallinas asadas, y, carne de carnero con salsa oscura y cebolla, de tan raro sabor que no pude comerla.

Los postres consistieron en seis clases de dulces, entre ellos unas empanadillas y pestiños riquísimos, y sandías, uvas é higos frescos. El pan estaba recién hecho; era blanco y su sabor agradable. Por último se nos sirvió café.

Cuando terminamos de comer observé que varios moros colocaban una tienda de campaña casi á la misma puerta de la mía, y pregunté si habían llegado algunos viajeros y si aquélla iba á servirles de alojamiento.

El moro que dirigía la instalación me contestó que era para la guardia que me ponía el *Rey Nuevo*, compuesta de soldados de su propia custodia. Aquello me hizo pensar si tendríamos que correr á última hora, ó si nos amenazaría algún riesgo, cuando Muley Mohamed se preocupaba de nuestra seguridad.

En aquel momento se presentó un moro armado, seguido de otro que conducía un carnero, regalo que el *Sultán* me enviaba.

Contesté que habíamos comido bien y que se lo devolvieran á Muley Mohamed, dándole de mi parte expresivas gracias.

Entonces me advirtieron que el borrego representaba lo que entre nosotros una tarjeta, atención estimable, que rechazarla constituiría un agravio al *Sultán*.

En vista de ello, acepté el obsequio y dispuse que lo sacrificaran y condimentaran, haciéndolo así los mismos porta-

tadores del animalejo y uno de los que habían servido la comida.

Al día siguiente supe que allá, á media noche, volvieron con el borrego asado, y que entre los mismos cocineros y algunos de mis ayudantes retribuidos, se lo comieron alegremente.

Reflexionaba yo acerca de esta clase de *tarjetas*, cuando de nuevo volvieron á tocar á la puerta de la Alcazaba los dos tambores y las tres cornetas mencionadas anteriormente, suponiendo que este toque seria equivalente al de nuestra *retreta*.

Ben-Sari mostró deseos de pasar la noche en nuestra compañía, y con su amena conversación se hizo agradabilísima la velada.

Nos refirió pormenores de la vida y hechos de Muley Mohamed, el cual se alimenta generalmente, según nos dijo, de huevos y leche, y alguna que otra vez de manjares que él ve condimentar, no bebiendo más agua que la de un nacimiento que existe cerca de la Alcazaba, al cual no consiente que se acerque nadie, ni que nadie beba aquel líquido, teniendo, al efecto, guardadas con soldados de su mayor confianza aquellas cercanías. Conmigo tuvo la atención de enviarme un bote, de forma de ánfora, lleno de este agua, cuyo sabor en nada se distinguía de la que todos beben y de la que también nos envió en una vasija idéntica á la citada.

Después nos refirió que el Ministro de Justicia, llamado Mohamed-Mul-Mensuar, que como sabe el lector ostentaba en la mano un alto bastón con porra de plata, tenía un numeroso harem en una gran tienda, situada cerca y á la vista de la nuestra, y que era muy adicto al *Sultán* desde que en cierta ocasión fué hecho prisionero por la fuerte y numerosa kábila de los Guiatti, y cuando lo llevaban atado con una cadena al cuello para matarlo, Muley Mohamed, que lo estimaba, en unión de los suyos y después de ruda lucha, lo rescató y llevó consigo, curándole varias heridas.

También nos dijo que Muley Mohámed confiaba para ocupar el trono de Marruecos en el descrédito de Abd-el-Azis y que éste decía que Muley Ismael, uno de sus ascendientes, consideraba este imperio "*como una caja llena de ratas, que si no se movía constantemente acabarían por hacer un agujero, escapándose todas y turbando la tranquilidad*".

Estos y otros sucesos que por no ser prolijo omito, fueron objeto de nuestra atención, despertando nuestra curiosidad y haciendo verdaderamente grata la velada en aquel campamento donde lo más lógico era presumir cualquier suceso desagradable.

A las nueve y media en mi reloj volvieron á tocar las cornetas y tambores, que sería á silencio, cuando desde aquel momento nadie podía salir de sus tiendas ni cruzar el campamento sin previo permiso del *Rey*.

Media hora más tarde sentí sueño y dispuse que extendieran los colchones y almohadas que había recibido, me acosté en uno, Ben-Sari en otro junto á mi, y junto á él don Manuel Ferrer, y así sucesivamente todos nos acomodamos, entregándonos al descanso.

Tan rendido me hallaba, que á los pocos momentos quedé profundamente dormido, dejando de oír el canturreo monótono del moro que rezaba junto á nuestra tienda y que debía tener pulmones de elefante, cuando en las tres horas seguidas que escuché sus *notas musicales* de barítono reforzado, no se amenguó un sólo momento su voz.

Y así es posible que siguiera hasta sabe Dios cuando, pues aquel bárbaro no daba señales de cansancio, y yo, por fortuna, no desperté en toda la noche.

V.

Cuando desperté clareaba el día, esa hora del crepúsculo, de tonalidades tan suaves y sugestivas, de ambiente que acaricia y sana, saturándonos de plácida frescura, sintiendo seguidamente vivas ansias de lanzarme al campo y gozar á pleno pulmón de aquella brisa y recrear la mirada en aquellos vapores, que al espacio lanza la naturaleza.

Pero no quise privar del tranquilo sueño que disfrutaban mis compañeros á aquella hora, á las cuatro y media de la madrugada, según marcaba mi reloj, y continué en mi lecho.

Pude observar, sin embargo, que la *guardia real* encargada de mi custodia, dormía á pierna suelta, y que su vigilancia era tan eficaz como improcedentes las precauciones tomadas por Muley Mohamed en el momento de recibirme.

Media hora después, ya no pude contenerme: desperté á mis compañeros y vesti mi jaique y chilada blancos, saliendo al campo, donde contemplé por levante confusas lejanías que remataban en el mar, extraños montes por el mediodía y por poniente la simpática senda de mi regreso á Melilla.

En aquel momento circulaban de acá para allá, por todas

partes, multitud de moros y moras, gentes de trabajo, y entre aquella multitud sentí medrosa soledad, aislamiento completo, confundido como estaba entre una muchedumbre; ~~pero~~ gr eran enemigos de mi raza, refractarios á todo progreso, fanáticos desde la cuna á la tumba, á quienes es preciso dominar por la violencia, porque desgraciadamente no conocen ni respetan más derecho que el derecho de la fuerza.

Miré á la Alcazaba y el silencio que reinaba dentro de sus muros, delatores eran de que aun dormía todo allí, excepto cuatro moros con fusiles que vigilaban la entrada y que seguramente habían pasado la noche en completa vigilia.

Tan especial cuidado tiene en esto Muley Mohamed, que muchas noches sale á reconocer los puestos de guardia para ver personalmente si se cumplen ó no sus órdenes, castigando con azotes la más leve falta ó el descuido más pequeño en la consigna recibida, sin embargo de lo cual, ya dejo dicho que mis guardianes dormían á pierna suelta.

Una hora más tarde se hizo the, y Ben-Sari, después de tomarlo y fumarse un tabaco, me manifestó que iba á la Alcazaba y que volvería pronto, disponiendo yo poco después que prepararan el carruaje para regresar á Melilla.

Se pusieron guarniciones al ganado y en este momento llegó Ben-Sari anunciándome que Muley Mohamed me regalaba un caballo, como así fué en efecto. Al poco tiempo un moro se presentó en nuestra tienda con dicho animal, alazán tostado, brida moruna color grana, y sin montura.

Convinimos en que le pondrían una silla al bruto á fin de que sobre él nos acompañara Ben-Sari hasta Melilla, como eran sus deseos, y envié las gracias al *Sultán*, entregué la propina correspondiente, tan frecuente en todos los servicios que se nos prestan, y allí más necesaria que en parte alguna, y á las siete montamos en el carruaje y salimos del campamento marroquí, llevando en la memoria imperecederos recuerdos.

No habíamos recorrido 300 metros, cuando tres moros á

caballo nos alcanzaron y nos detuvieron, manifestándonos que de orden del *Sultán* fuésemos á la Alcazaba.

Regresamos seguidamente y nos condujeron al gran recinto, pero en la explanada y fuera de la morada de Muley Mohamed y de las tiendas de su servidumbre.

Estaba éste sentado junto á la pared de levante en el mismo sillón (regalo de la compañía minera española, según supe), con el mismo bastón y traje del día anterior.

Me dijo que iban á preparar el almuerzo, que quería permaneciésemos allí otro día y que me ofrecía, para que yo en su nombre lo entregase al Rey D. Alfonso XIII, un pequeño chacal, que en aquellos momentos corría por delante del *Sultán*.

Hube de observar la satisfaccióu grandísima que experimentaba Muley Mohamed viendo al pequeño chacal correr en todas direcciones, yendo siempre á parar cerca de él. Tanto efecto le produjo esa prueba de cariño á su persona, que mandó sacar otro chacal, pues tenía una cría de ellos, á fin de que en lugar de traerme el primero, me trajese el segundo, el cual lo pusieron en el suelo, y en vez de saltar y brincar como su hermano, se ocultaba de todos y mordía y arañaba, como gato rabioso, á los moros que lo cogieron para entregármelo.

El *simpático* animalejo lo metieron en un saco y lo colocaron, convenientemente atado, sobre la grupa del caballo de regalo.

Muley Mohamed, entre las distintas cosas de que me habló, hubo de invitarme á que fuese á Fez cuando lo coronasen Emperador de Marruecos, ofreciéndole ir, como lo haré si lo consigue.

Después de no pocas excusas y gran trabajo, pues el *Sultán* insistía en que almorzásemos allí, volvimos á emprender la marcha á buen paso, sobre todo en la parte de las llanuras donde mandan y dominan los kabileños de Beni-bui-frur y de Beni-Uriaguel.

Tuve la fortuna de no tropezar nuevamente con el Chaldy, jefe de Mazuza; pero antes de llegar á Nador nos detuvo un moro, dueño de una cantina, llamado Amer, natural del poblado de Mezquita y adicto á Muley Mohamed, con objeto de convidarnos, aceptando yo una gaseosa y mis compañeros una copa de aguardiente.

Después de Nador otro cantinero, pero no moro, sino español, paró el coche y de buenas á primeras me dijo:

—Sr. Marqués, ¿usted por aquí?

Yo, en verdad, no le conocí, á pesar de manifestarme que era un contratista de obras, que yo le había servido en Granada en cierta ocasión, pero con objeto de despachar pronto y seguir mi camino lo *reconoci* sin dificultad al momento. El buen hombre quería darnos de almorzar, pero sólo aceptamos el mismo convite del primer cantinero.

Sin bajar del coche, vi á la izquierda del camino y como á un kilómetro de distancia, la boca-mina, edificaciones y vaciaderos del coto minero que poseen los españoles.

Producen aquellas minas plata, plomo, hierro, cobre, zinc, manganeso, estaño y otros minerales, contándoseme á este propósito que en el límite de dos kabilas vecinas existe un yacimiento de petróleo, que no explotan porque las dos se creen con derecho á este beneficio y por no destrozarse guerreando, convinieron en taparlo y tapado continúa.

En las dos vías férreas, la española y la francesa, trabajan con actividad, como al principio queda dicho, muchos moros y cristianos, habiendo gran movimiento de carros transportando materiales y siendo los carreros todos españoles.

Me detuve un momento para ver pasar una pequeña caravana de moros y camellos, cargados no sé de qué, pero que debían ser traginantes pobres, á juzgar por sus raídos y sucios trajes y por lo escuálidos y raquíticos de estos mamíferos. En la Argelia he tenido ocasión de ver estas caravanas, pero numerosas, con camellos robustos y gente que se conocía disfrutaban de buena posición.

A medida que íbamos marchando, me señalaban los intérpretes los sitios en donde habían tenido que vencer los ingenieros la resistencia de los moros para construir la vía férrea, pues los rifeños se negaban tenazmente á que les derribaran sus casas, aun indemnizándoselas por más cantidad que la que valían, y á que el tren pasase cerca de sus viviendas.

Y como por todas partes abundan allí los santuarios morabitas y los cementerios moros, ha sido obra difícil vencer tantísimos obstáculos, bastando decir que solamente hacer los estudios ha costado gran trabajo y alguna sangre.

Pero el tacto exquisito y excepcionales condiciones del general Marina, la constancia del ingeniero Sr. Becerra y el apoyo de Muley Mohamed, lograron realizar cuanto hoy se ha conseguido; pero quedando siempre en pie, ayer como hoy, y como mañana, la amenaza del rompimiento de todo convenio por parte de los kabileños, que lo mismo se presentan como sumisos y respetuosos amigos, que disparan su *fusila*, como ellos dicen, contra quien les hizo favores ó les otorgó mercedes.

Entretenidos en estos y otros comentarios, llegamos al fin á la Aduana, territorio de Mazuza, y allí mandé hacer alto, no como la vez anterior en que fuimos detenidos, sino voluntariamente. Eran las doce y hacia tan sofocante calor, que á pesar de estar en presencia de bastantes rifeños y de los empleados de consumos, me despojé de las ropas talares de moro, quedándome vestido á la europea.

Aun cuando vistiendo la indumentaria marroquí se conocía perfectamente que yo no era moro, fué grande la extrañeza de los musulmanes al observar la completa transformación que experimenté: pero el hecho no me produjo el menor sobresalto, porque á pesar de encontrarme en pleno Rif, á seis kilómetros de Melilla, me parecía que me hallaba á las puertas de mi casa.

Así fué, porque sin novedad alguna y felizmente llegamos

à la plaza española, en cuyas calles me detuvieron algunos amigos para informarse de las peripecias de mi viaje, y al mismo tiempo para expresarme la extrañeza que les había producido el hecho de que no regresase la noche anterior, como me propuse antes de partir.

Y después de un agradable baño y de un succulento almuerzo, dormí una larga y reparadora siesta.

* * *

À la caída de la tarde se presentó en casa de D.^a Dolores Machuca, donde yo estaba galantemente hospedado, un moro de buen porte acompañado de otro que llevaba un carnero para ofrecérmelo. Era un rico moro del campo de *Talaia* (campo de Melilla), llamado Buteieb, uno de los primeros que abrazaron la causa de Muley Mohamed, herido varias veces en defensa de éste, y que en recompensa de su adhesión el *Sultán* le había conferido el cargo de Amin (administrador) de Benisicar.

Como yo sabía que estos borregos de regalo son como nuestras *tarjetas*, lo acepté y le di las gracias, por cierto que sirvió aquél de motivo para que mis compañeros de viaje hicieran una gira campestre después de mi regreso.

Por la noche visité al general Marina, quien escuchó con gran atención el relato de mi viaje, y à cuya autoridad anuncié mi regreso à España el dia 27 en el vapor *Mahón*.

Se me hizo una despedida afectuosa, saludándome en el muelle los generales Marina y del Real y varios cariñosos amigos, y siendo conducido à bordo en la falúa del Gobierno militar.

Al desembarcar en Málaga me llamaron la atención acerca de un vapor que estaban pintando y ya próximo à navegar, diciéndome que era el *Turquí*, barco de guerra de Ma-

rreucos, que el Sultán Abd-el-Azis lo había vendido por inservible á un señor de dicha capital andaluza, en la cantidad de siete mil duros.

También me aseguraron que le habían quitado cinco toneladas de mariscos adheridos al casco, causa por la que no podía navegar, habiendo quedado después de la reparación en perfecto estado para prestar excelentes servicios, por lo cual la compra fué una verdadera ganga.

VI.

Llegué á Granada el dia 2 de Septiembre último, y el 3 escribí al señor Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Mauró, una extensa carta en la que, además de exponerles las aspiraciones de los españoles residentes en nuestras plazas africanas respecto á la administración pública, le significaba mis opiniones, no sólo en lo que á ellas se refiere, sino también en algo que abarcaba otros puntos importantes y de transcendencia para la patria.

En la referida carta le exponía el hecho de hacer cinco ó seis años de haberse subastado las obras del puerto de Melilla y, sin embargo, no se había colocado un sólo bloque, con lo cual se podría originar á España en determinados casos grandes daños, entre otros el no poder desembarcar hombres, municiones y víveres en un momento dado por el revuelto estado del mar, cuyo violento oleaje es muy frecuente en aquellas costas.

Le afirmaba que habia observado cierto malestar en la Plaza, porque corría de boca en boca que á pesar de ser deficiente el vapor *Mahón* para el servicio de correos y trans-

porte de viajeros entre Melilla y la Península, se decía que al terminar el contrato de este buque iba á ser sustituido por otro barco carbonero de peores condiciones que al efecto se estaba preparando para sorprender al Gobierno y hacer un negocio á costa del país, cosa que afortunadamente se evitó, para honra del Gobierno y beneficio de la Nación.

La opinión pública de Melilla se queja de tener un excesivo presupuesto municipal, pues asciende á 424.000 pesetas para una población civil de 10.000 almas.

Tampoco les parece justo que treinta mil españoles existentes en nuestras posesiones del Norte de África estén sometidos para todo á los Consejos de Guerra, queja razonada y atendible, por más de que yo prefiero, por su brevedad en los procedimientos y por la rectitud en sus fallos, la justicia militar á la ordinaria ó civil, que por algo se ha dicho muy alto, y yo lo repito siempre que es ocasión, sin que nadie proteste, *que en España los hombres de bien huyen aterrados de los sitios donde se dice que se administra justicia.*

Además le interesaba al Sr. Maura que Mar Chica se pudiese en comunicación con el Mediterráneo, obra necesaria y de poco costo, relativamente, á las inmensas ventajas que había de proporcionar á España, tanto en el orden militar como en el económico.

Otro de los puntos que en mi referida carta tocaba, era el relativo al alarmante número de hebreos que se iban avecinando en Melilla, acaparando todo género de servicios y oficios, con evidente perjuicio para los europeos y, principalmente, para los españoles. A tal punto ha llegado la preponderancia de estos judíos, que tienen hasta un gran hospital construido con fondos municipales, haciendo yo notar, que Francia en la Argelia no permite en los pueblos bajo su dominio que la población hebrea llegue al 30 por 100, limitando además el número de obreros de esa raza que pueden trabajar en fábricas y talleres con relación á los indígenas.

Asimismo le indicaba al Sr. Presidente del Consejo que

según la ley de 18 de Mayo de 1863, Melilla es puerto franco, y, sin embargo, se cobran derechos á las mercancías que allí desembarcan, debiendo cuando menos librarse de este gravamen la sal y el aceite, con lo cual estarían hoy viviendo en aquella Plaza más de mil familias españolas ocupadas en la industria de salazón de pescado, y que no pueden hacerlo en la actualidad porque la sal paga dos pesetas por cada sacco y diez céntimos cada litro de aceite, producto que también se consume en las almadrabas.

Esta industria está floreciente en Nemours, 54 millas al Oeste de Melilla, porque allí no cobran los franceses derecho á ninguno de estos dos artículos, estimulando de dicho modo á esos industriales para que no emigren.

También le indicaba al jefe del Gobierno lo conveniente que le era á España fomentar la amistad con Muley Mohamed, no sólo porque hasta entonces era el único que había dominado gran número de kabilas del Rif, especialmente las más próximas á Melilla, sino porque él se mostraba amigo de nuestra patria y merced á su influyo muchas tribus habían pedido el AMAN (perdón) al Gobernador de la Plaza.

Entre otras peticiones, solicitaba la creación del Registro de la propiedad, que la población civil echaba muy de menos.

En la carta á que me vengo refiriendo hablaba de otras cosas que hoy no es prudente publicar, pero que en tiempo oportuno trataré con el detenimiento que merecen, limitándome, por ahora, á copiar el final de aquella:

“El servicio de correos de Melilla y menores, depende del Ministerio de la Guerra.

„El que se hace de Almería á Alborán, del de Fomento.

„El de Ceuta á Algeciras, á los de la Guerra y Gobernación, y con este lío administrativo se dan casos de órdenes contradictorias.

„A la altura que están los asuntos de África, lo prudente es crear una Dirección en la Presidencia del Consejo de Ministros que cuidase de uniformar esos importantes servicios.“

El señor Maura no desatendió mi carta, antes bien, envió á cada Ministro de los llamados á intervenir en los distintos asuntos que indicaba, nota detallada de cuanto á su departamento ministerial se refería, y después tuvo la atención de enviarme las contestaciones de sus compañeros de Gabinete, que parecían conformes con el juicio que á mi me merecieron.

Una cosa no le dije al señor Maura, y la voy á decir hoy.

En Marruecos se consume una enorme cantidad de azúcar, pues tan sólo en Melilla entran anualmente, por término medio, 25.000 quintales, procedente de Marsella, Bélgica y Alemania, en su mayoría de Marsella, dándose el caso asombroso de que España no figure ni con un sólo kilo.

¿No será posible estudiar el medio de que parte del azúcar que producimos se consuma en África, resolviendo el problema azucarero y como consecuencia natural beneficiar la agricultura española, que tiene limitado el cultivo remolachero, con el pretexto del exceso de producción?

VII.

La guerra provocada por los marroquíes con la infame agresión de los rifeños á nuestros indefensos trabajadores, será costosa y sangrienta; pero al fin nuestras tropas vencerán en ella imponiendo duro castigo á aquellas hordas de salvajes, y á cambio de los enormes sacrificios que hemos de imponernos, España ensanchará sus dominios en el Norte de África en una extensión de 58 á 60 mil kilómetros cuadrados de tierra, accidentada en parte desde el cabo Tres Forcas á Zeluam, pero rica en hierros, plomo, plata, manganeso, cobre, antimonio, estaño y zinc, aparte de que detrás del Gurugú, más que montañas áridas, existen desde el Cabo del Agua al Morro de Ceuta y desde el Cabo Tres Forcas á Tetuán, además de extensas selvas primitivas, con buenos cazaderos, grandes planicies de terreno donde se creían con lozanía encinas, cedros, olivos y algarrobos, y naranjos, limoneros y otros frutales exquisitos.

En aquella virgen y rica región lo que hace falta es civilización y progreso, y si nosotros los llevamos en debida forma, respetando y sosteniendo la propiedad particular de los moros que nos admitan como amigos, y haciendo lo que el

general Liantey hizo ha poco cuando ocupó Beni-Suercen, mostrándose cariñoso y hasta dadivoso con los que á ello se prestaban y castigando sin compasión á los enemigos declarados, conseguiremos, además de hacer una obra humanitaria, evitando que se destrocen entre si esas numerosas masas africanas, proporcionar ocupación á miles de españoles y fomentar considerablemente los ingresos del Tesoro público.

Todo esto es penoso y difícil, porque sabemos que el espíritu de rebeldía es connatural del marroquí; pero nadie puede negar que es realizable.

Aún no han dejado de guerrear los franceses, y es posible que muy pronto tengan que poner en juego sus cañones, sus fusiles y sus barcos de guerra. El éxito de la civilización es seguro, pero su paso es lento, difícil y costoso, por la especial condición de los moros.

Cuando vencamos en esta dura lucha á nuestros irreconciliables enemigos, pues el éxito completo y brillante de nuestras armas lo tengo por seguro, Cataluña estará de enhorabuena, porque se abrirá á sus productos fabriles un mercado inmenso, que hoy no explotan.

Según he podido ver y apreciar, lo único que hasta ahora han introducido en grande escala los catalanes en África, venciendo á los ingleses, son pañuelos baratos llamados de *yervas*, y allí se hace gran consumo de tejidos blancos de algodón, estampados, damascos, sedas, yutes, paños, calzado, hierros, bujias y otros muchos más artículos que se fabrican en España.

Para demostrar lo que es y lo que debiera ser nuestro comercio en África, basta señalar la estadística mercantil sólo de Melilla en 1908, que es la siguiente.

	Pesetas
Importación extranjera	14.354,744
Id. nacional	3.392,421
Exportación al Extranjero	1.831,422
Id. á España	381,833

Al Gobierno toca realizar la patriótica y plausible labor de nacionalizar el mercado en nuestras posesiones africanas, y á ciertos elementos hacer más progresos fabriles y menos política callejera.

Estas son mis impresiones, estas son las notas que ofrezco á la consideración pública y que cariñosos amigos me han alentado para darlas á la estampa, como lo hago, llevando en el pensamiento un sólo ideal, el supremo de mi patria, y estimulado por un único interés, el de contribuir en la medida de mis medios al bienestar y progreso de esta nación querida.

Granada 16 de Julio de 1909.

El Marqués de Dilar.



1875
1876
1877

